

Las aventuras de Bigote el gato sin cola

Texto
Ruth Kaufman

Ilustraciones
Gustavo Mazali

VENTE-68



RINCÓN
LECTURA

Las aventuras de
Bigote
el gato sin cola
Novela



Texto de Ruth Kaufman
Ilustraciones: Gustavo Mazali

Índice

Capítulo 1	El gato sin cola	4
Capítulo 2	Aventuras en el parque	18
Capítulo 3	Cola nueva. Vida nueva	32
Capítulo 4	¡Bienvenido al coro!	46
Capítulo 5	Un secreto descubierto	60
Capítulo 6	Bigote debe investigar	74
Capítulo 7	Una visita al museo	88
Capítulo 8	Luis y Bigote se van al jardín	102
Capítulo 9	La verdadera historia de los gatos sin cola	116



El gato sin cola



Capítulo

1

Había una vez un gato que se llamaba Bigote. Su nombre no era extraño, pero su cuerpo, sí: tenía cuatro patas, pero no tenía cola. A pesar de eso, Bigote era un gato como todos los demás: sabía pegar bellos y largos saltos, sabía lamerse las patas y el cuerpo para estar siempre limpio y, cuando caía de las alturas más increíbles, siempre, pero siempre, sabía caer parado.

Bigote vivía con la familia Ibáñez. El señor y la señora Ibáñez estaban solos, pues sus hijos ya eran grandes y se habían casado. Marta se ocupaba de Bigote, le daba de comer y le cambiaba las piedritas del "baño".

Todas las mañanas, Marta salía a pasear y no volvía a casa hasta la hora de la comida. Antes de irse, abría la ventana y mirando a Bigote, le decía:

—¡A pasear! Los gatos tienen que tener amigos gatos.





Marta acariciaba el lomo de Bigote muy lentamente. Entonces, el gato saltaba hasta las ramas del árbol que crecía en la vereda y Marta cerraba la puerta de su casa y se iba.

Pero arriba del árbol, Bigote sentía miedo. Desde muy pequeño había vivido en ese departamento y ahora, que ya tenía cinco meses, no se animaba a salir. Se quedaba un rato en las ramas del plátano mirando la calle. Finalmente,

volvía a saltar por la ventana y se metía en la casa. Iba al dormitorio y se acurrucaba a los pies de la cama. Al rato, sus ronquidos se mezclaban con los del señor Ibáñez.





Esto ocurrió muchas veces, hasta que una mañana Marta volvió enseguida porque se había olvidado los anteojos. Cuando entró en la habitación, encontró a Bigote acurrucado a los pies de la cama.

—¡Gato vago! —le dijo—. ¿Ya volviste de tu paseo? ¡Eso no está nada bien! Los gatos tienen que tener amigos gatos y además es malo para las piernas, para el corazón y el cerebro quedarse todo el día encerrado.

Marta podía pasar horas hablando de lo bien que hace caminar. Sin dudar ni un segundo, tomó a Bigote entre sus brazos y lo llevó hasta el parque.

—Acá hay árboles para trepar, tierra para escarbar y montones de gatos de todos los pelajes. Te vas a divertir muchísimo —le dijo, y lo soltó.

Bigote volvió a sentir miedo. Pero esta vez, el olor de la tierra, el olor de las plantas y, sobre todo, el olor de los otros gatos despertaron su corazón felino.

—¡Iupiii! —maulló y salió corriendo por entre las plantas.





Ese día, su primer día en el parque, Bigote lo pasó solo, pero no se sintió triste en ningún momento. ¡Tenía tanto para explorar!

Trepó las ramas de los pinos hasta llegar a lo más alto. Se metió entre las cañas donde descubrió túneles largos y oscuros. Llegó hasta el estanque y se quedó, mientras escuchaba maravillado cómo cantaban a coro cinco ranas y cuatro sapos.

Al mediodía sintió hambre y trató de cazar mariposas.

“¡Qué rico gusto deben tener esas alas de todos los colores!”, pensó.

Pero las mariposas, que parecían tan zonzas, se escaparon de cada uno de sus zarpazos. Y así fue como Bigote volvió a su casa.

Contento y muerto de hambre.



Al día siguiente, no bien Marta abrió la ventana, Bigote saltó al plátano. Y del árbol, a la vereda. ¡Tenía tantas ganas de volver al parque!

En el camino se cruzó con un gato. O quizá fuera una gata.

–Me llamo Bigote –le dijo–. ¿Y vos?

–Ágata –dijo la gata y movió la cola en señal de saludo. Bigote lo recibió. Vio esa cola que se hamacaba de derecha a izquierda y, cuando quiso copiar el movimiento, se acordó de que él no tenía cola.

También Ágata se dio cuenta de eso.

–¿Y tu cola? –le preguntó–. ¿Por qué la escondés entre las patas?

–No tengo cola –respondió Bigote.

–¿No tenés cola? –repitió la gata asombrada–. ¿Un gato sin cola? ¡Eso no lo he visto jamás!

Y escapó a toda velocidad.



Bigote no tuvo ni tiempo de pensar en una respuesta. En cambio, las palabras de Ágata quedaron resonando en su cabeza:

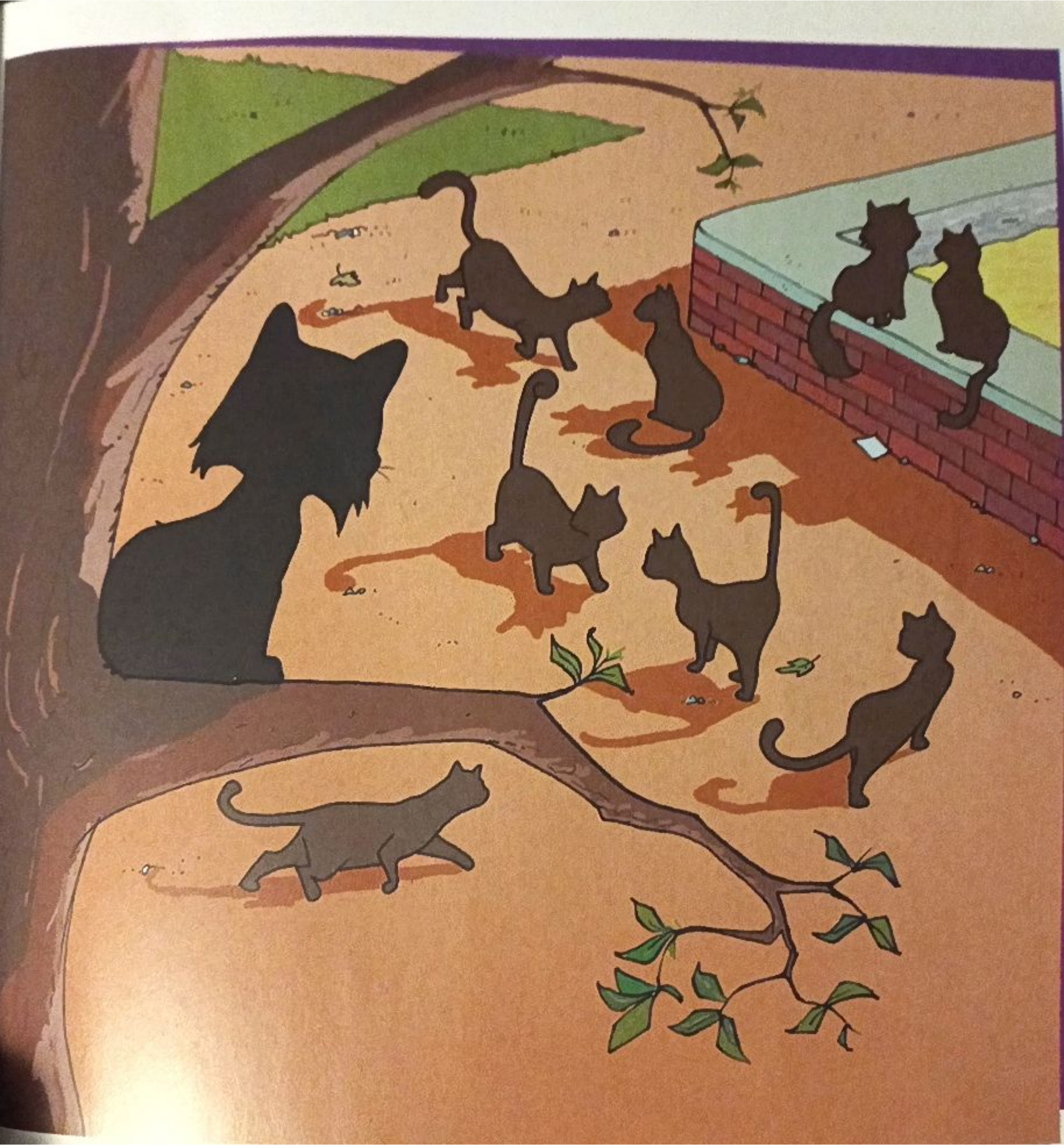
“¿Un gato sin cola? ¡Eso no lo he visto jamás!”.

¿Acaso era tan raro no tener cola? Todo ese tiempo él había vivido así y nunca había tenido problemas.

Al llegar al parque trepó a un árbol y observó pacientemente.

Vio gatos completamente blancos y gatos completamente negros. Vio gatos de pelo rojizo como el suyo, gatos manchados, gatos atigrados, flacos y gordos, de pelos largos y cortos. ¡Y qué hermosas colas tenían! ¡Largas y peludas! Cada cual movía la suya con la mayor elegancia.

Vio más de cien gatos. Pero ni un solo gato sin cola, como él.



Aventuras en el parque



Capítulo

2

En el parque, Bigote no se decidía a bajar del árbol. Desde lo alto, miraba a los gatos que paseaban. Todos tenían una larga y hermosa cola. Todos menos él.

Finalmente, se animó. No bien puso las cuatro patas en la tierra, cuatro gatos atigrados lo rodearon.

-¿Vos sos el famoso gato sin cola? -le preguntó uno.

-¡Qué te importa! -le contestó Bigote y siguió su camino.

-¡Momentito! -lo frenó otro-. ¿Y tu cola?

-No tengo -respondió Bigote, secamente.

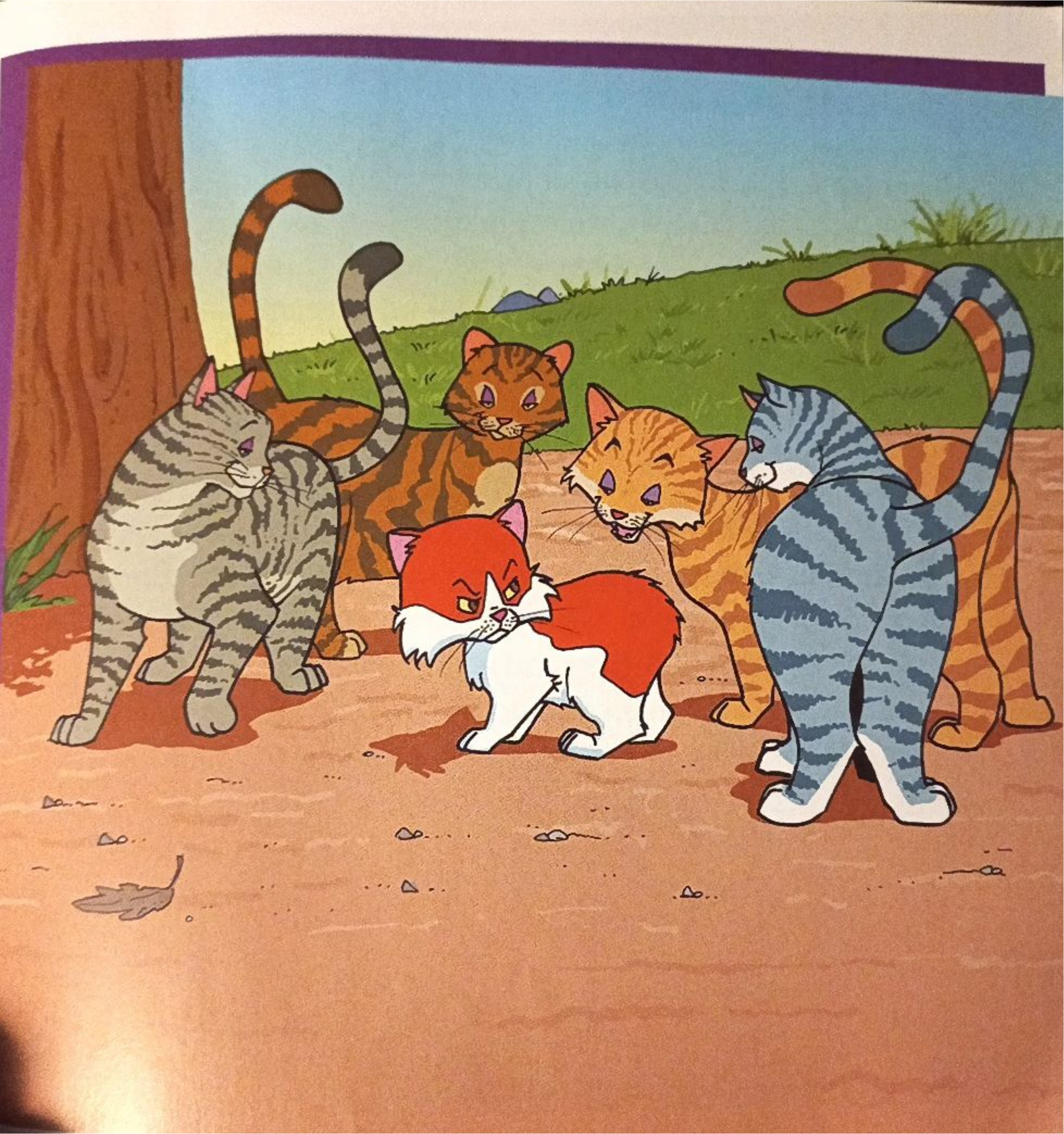
-¿La perdiste en una pelea con un perro? -insistió el gato.

-No -dijo Bigote.

-¿Te la operó un veterinario?

-No -repitió Bigote.

-¿Te la comieron los ratones? -preguntó de nuevo mientras los otros tres gatos se echaban a reír.



Bigote se asombró de su propia valentía. Porque mientras los cuatro gatos atigrados se reían delante de sus propios bigotes, él arqueó el lomo, mostró lo puntiagudas que eran sus garras y saltó encima de ellos. Lo hizo con tanta decisión, que los cuatro gatos atigrados le abrieron paso; como si en lugar de un gato sin cola, Bigote fuera el hijo del tigre más temible.

El resto del día lo pasó solo. Si algún gato se le acercaba demasiado, él se trepaba a un árbol y desde allí lo miraba con ojos terribles. Al rato, ya no lo molestaron más.

Con sus miradas tremendas, Bigote consiguió ahuyentar a todos sus enemigos. Lo malo fue que, de ese modo, ahuyentó también a los gatos que querían hacerse amigos de él.





Durante muchos meses, Bigote continuó con esta vida. Todas las mañanas iba al parque. La mayor parte del tiempo la pasaba en el estanque. Lo volvían loco los peces, a los que casi nunca podía atrapar. Le llamaba la atención el canto de las ranas, que se escondían no bien él se les acercaba. Y le encantaban esas plantas de hojas redondas que viajaban de una punta a la otra del estanque, flotando como barcos de papel.

Una vez, un grupo de plantas se acercó tanto a la orilla que Bigote no pudo resistir la tentación. “¿Me podrán sostener?”, se preguntó. Su sueño era recorrer el estanque flotando sobre el agua, como se lo había visto hacer a las ranas.





“¿Cómo tengo que subir?”, se preguntó Bigote. “Ya sé. Subiré como las ranas”, se dijo, “de un limpio y bello salto”.

Caminó unos metros hacia la orilla, contó hasta tres y... ¡saltó!

Fue la primera, la única vez en su vida, que Bigote cayó sin ninguna elegancia. Sus patitas apenas rozaron las hojas y Bigote se hundió como una piedra hasta el fondo barroso del estanque.

Pero entonces, en vez de escapar del agua, como suelen hacer los gatos, Bigote se puso a nadar. ¡Qué placer mojarse! ¡Qué gusto le daba nadar!

Los gatos que lo vieron dentro del estanque, dijeron que había un gato que era mezcla de gato y de rana. Que por eso le gustaba el agua y le faltaba la cola.







Bigote se había acostumbrado tanto a la soledad que ya no le molestaba.

Pero una noche oyó la música de un coro. Y su corazón felino se sacudió por segunda vez.

¡Qué música tan exquisita! ¡La letra era completamente incomprensible! ¡Qué maullidos chillones daban al final de cada canción! ¡Y qué decir del acompañamiento de latas y chapas retumbantes!

Bigote pensó que lo más lindo, lo mejor, lo que más quería en este mundo, era cantar en aquel coro.



Ya iba a saltar al árbol. Ya iba a correr a toda velocidad hasta el lugar donde se reunía ese fantástico coro. Ya iba a pedirles permiso para probar su voz. Pero entonces se acordó de su cola. Mejor dicho, se acordó de que no tenía cola. Y pensó:

“Sin cola no me van a querer. Sin cola no me van a aceptar”.

También pensó:

“¿Qué tienen que ver la cola y la voz? Un gato sin cola puede cantar igual de bien que un gato con cola”.

Pero no se animó a ir sin cola.





Cola nueva, Vida nueva



Capítulo

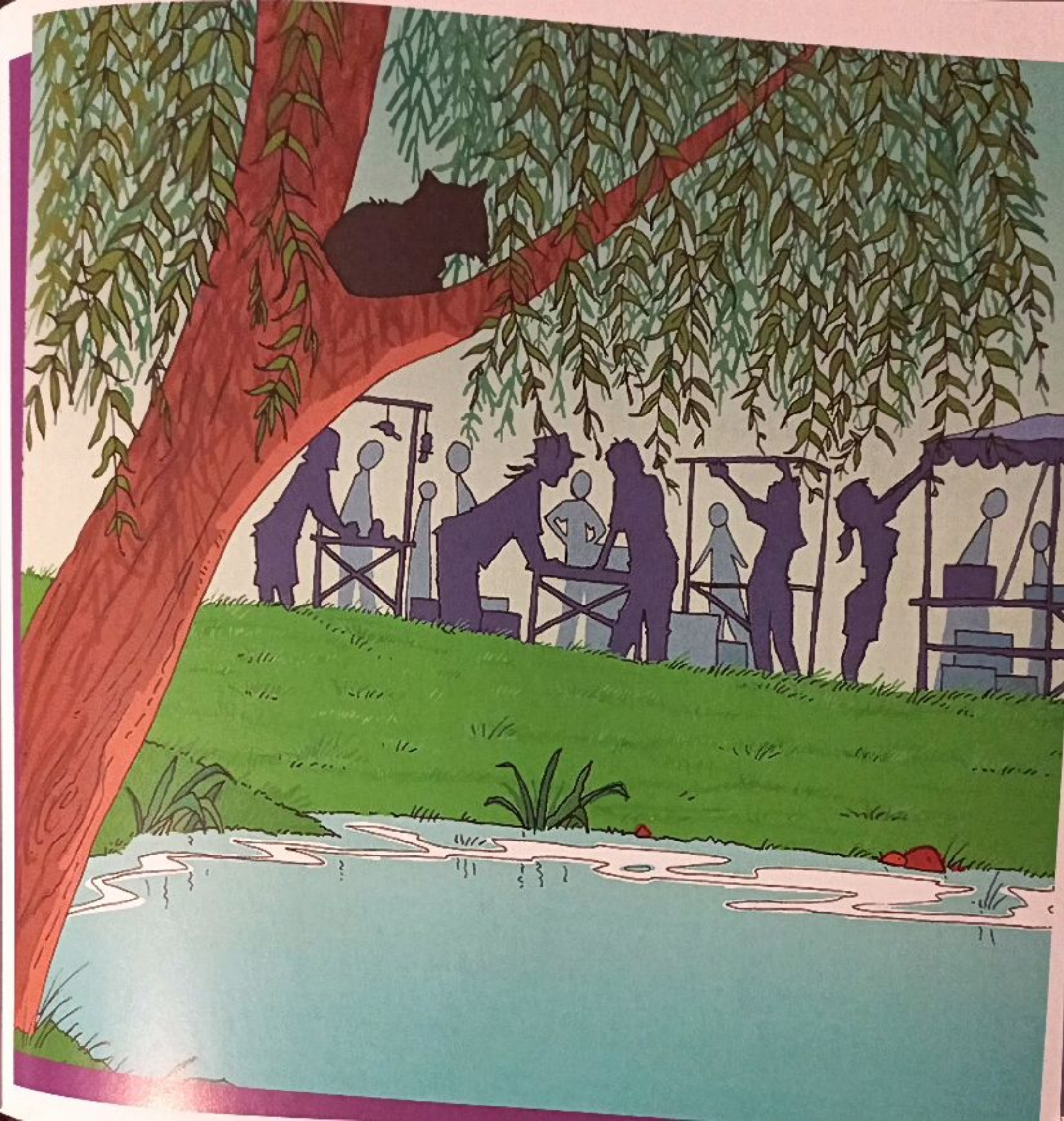
3

A la mañana siguiente, Bigote recorrió el parque con una idea en su cabeza: conseguirse una cola. No sabía dónde ni cómo, ni tenía idea de con qué.

Lo primero que hizo fue observar, una vez más, las colas de los demás gatos. Imaginó una cruel y terrible pelea en la que él les arrancaba la cola. Pero no. Era demasiado violento, era demasiado horrible.

Pasó por el estanque y no vio nada que le sirviera, trepó los árboles y tampoco. Ya se iba del parque cuando encontró a varias personas que llegaban, armaban unas mesas y las llenaban de cosas.

Otras personas pasaban, se detenían a mirar o a comprar y luego seguían caminando. Era una feria de artesanos.



Bigote recorrió la feria, pero lo único que logró ver fueron zapatos, zapatillas y botas. Hasta que, de repente, alguien lo alzó en brazos y todo el panorama cambió. Bigote miró a su salvador: era un nene que sonreía.



–Me llamo Luis –le dijo–. ¿Querés recorrer la feria conmigo?

Bigote maulló de alegría: eso, justamente eso, era lo que quería.

En brazos de Luis, Bigote pudo ver todo lo que había sobre las mesas. Anillos, abrigos, mates, bombillas, barriletes, adornos de madera. Nada parecido a la cola de un gato. Entonces, Luis dejó de caminar. Se quedó quieto frente a un puesto donde vendían enormes y extraños muñecos.

–¿Te gustan? –le preguntó el artesano.

–¡Están buenísimos! –dijo Luis.

–Los hago con las cosas que ya no me sirven –contó el artesano–. ¿Ves esta cabeza? ¡Es un colador de fideos viejo!





En ese momento, Bigote y Luis se separaron. Cada uno se fue para su lado. Luis fue a pedirle a su mamá, que trabajaba en la feria, que le comprara uno de aquellos fabulosos muñecos. Bigote fue a su casa a fabricarse una cola.

¡Si un muñeco podía tener cabeza de colador, él también podía inventarse una cola con cualquier cosa!

Bigote saltó por la ventana y entró en casa de los Ibáñez. Aprovechando que Marta y Raúl habían salido a pasear, revolvió cajas y cajones, estantes y roperos en busca de algo parecido a una cola. Al fin, sobre la biblioteca, vio un florero con esas extrañas flores del campo llamadas colas de zorro.

Bigote se trepó delicadamente a la biblioteca, mientras trataba de que los adornos no se cayeran al suelo. Tomó suavemente una de las flores entre sus dientes, pero el florero se cayó y se hizo añicos contra el piso.





Después revisó los cajones de la cocina hasta encontrar la cinta adhesiva. Usando las patas de adelante y los dientes, se pegó la "cola de zorro" en el lugar indicado.

Entonces, se miró en el espejo.

"No está nada mal", pensó. "Lo único que falla es el color".

Entró en el baño y buscó el esmalte de uñas.

Luego se quitó la cola y le pintó rayas rojas. Le quedó tan atigrada como la cola de un verdadero gato. Se la volvió a pegar y saltó hacia la oscuridad.

Bigote voló por las azoteas del barrio. Corrió por las cornisas, saltó por los techos y aterrizó en el lugar donde se reunía el coro.





Sentados en fila sobre la baranda de un puente, vio dos gatas y tres gatos de distintos pelajes. Estaban tan concentrados en el canto, que ni se dieron cuenta de su llegada. Bigote, en cambio, los observó mientras todos los pelos de su cuerpo se erizaban de emoción. ¡El coro le estaba perforando los oídos!

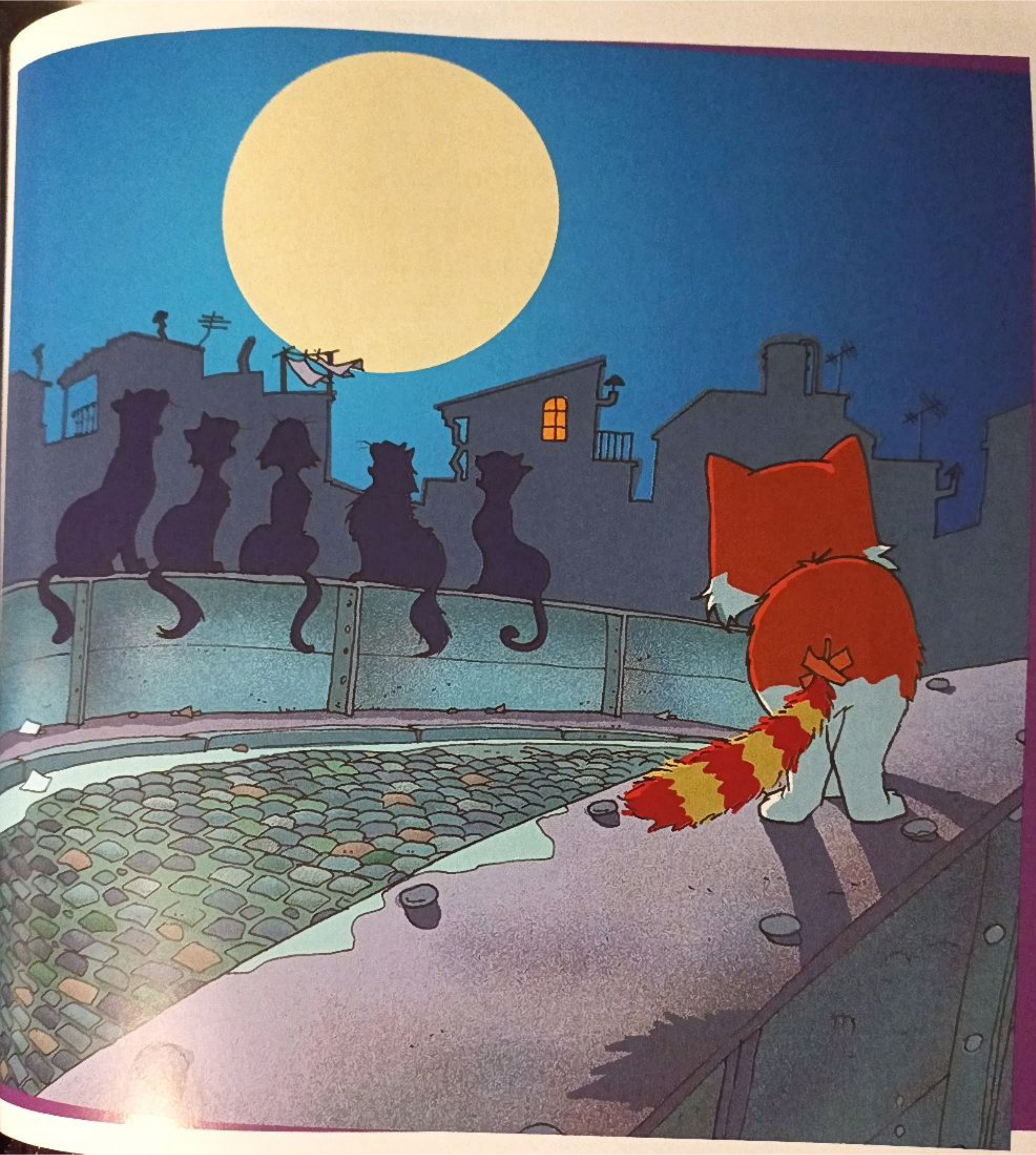
Al terminar la canción, los cinco gatos abrieron los ojos.

–Hola, me llamo Bigote –dijo enseguida–. Son fabulosos, me gustaría mucho cantar con ustedes.

–Yo soy Laralá y dirijo el coro –le respondió una gata–. Él es Ronco, ella es Miela y ellos son los hermanos Negro y Bruno. Te probaremos. Cantá un la.

Bigote cerró los ojos, respiró profundo y maulló largando todo el aire que guardaban sus pulmones.





Le salió un la tan chillón, tan agudo, que una lluvia de tomates y zapatos cayó encima de los gatos del coro.



—¡¡¡Bravo!!! —aplaudió Laralá—. ¡Has cosechado tomates!

—Y eso... ¡qué! —dijo Ronco alzando los bigotes—.

¡Yo una vez coseché una sandía!

—¡Esto no es una competencia, Ronco! —lo retó Laralá.

—¿Para qué queremos otro gato? —insistió Ronco—. ¡Ya somos tres gatos machos!

—Bigote tiene un tono de voz diferente —dijo Laralá—. Se queda.

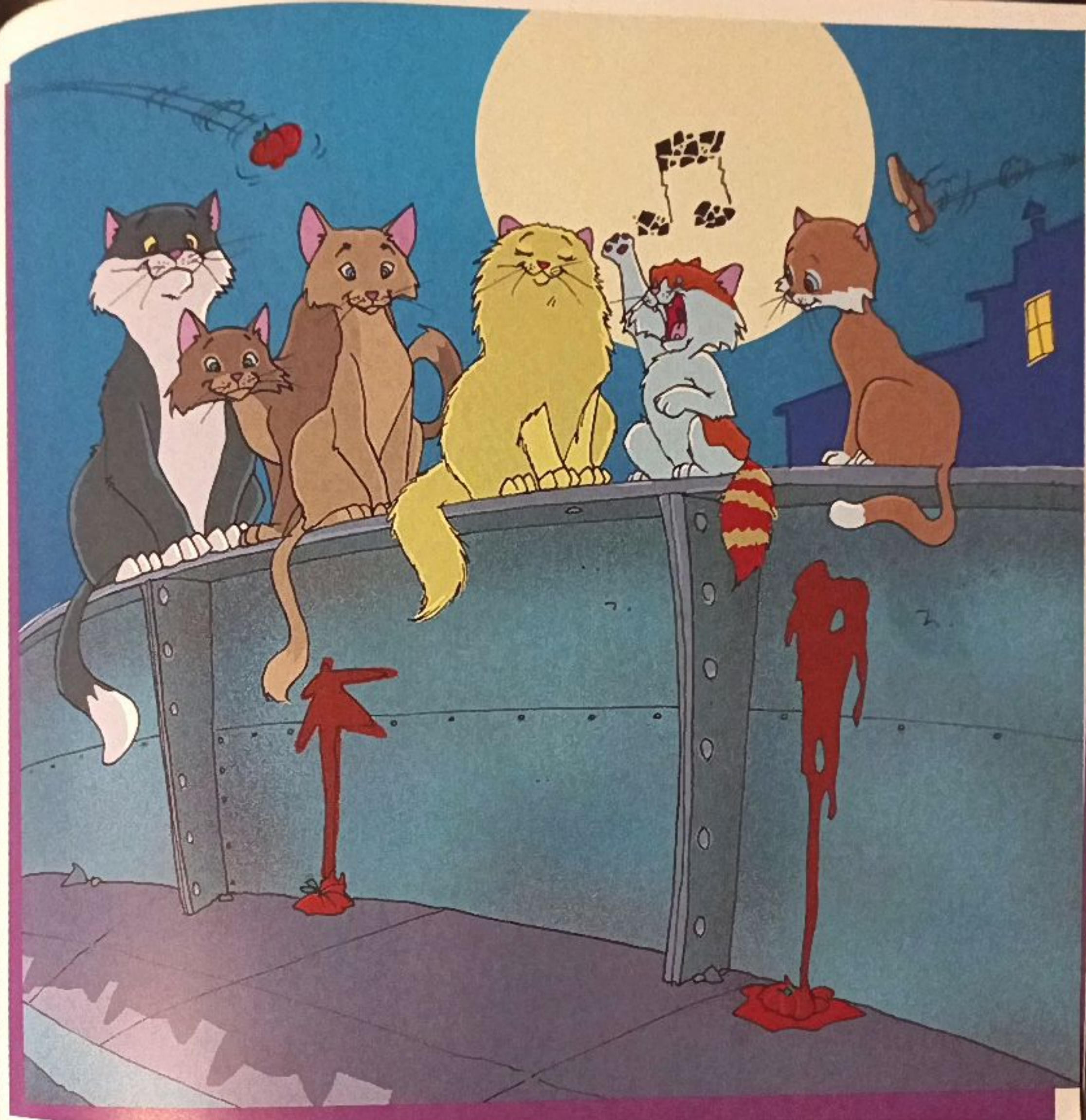
—¡¡¡Ufa!!! —protestó Ronco—. Con esa excusa cada vez somos más.

—¿Y qué querés? —le preguntó Negro.

—Estar solo con ella —dijo Ronco, suspirando.

—¡Eso es un dúo, Ronco, no un coro! —se rieron los demás.





¡Bienvenido al coro!



Capítulo

4

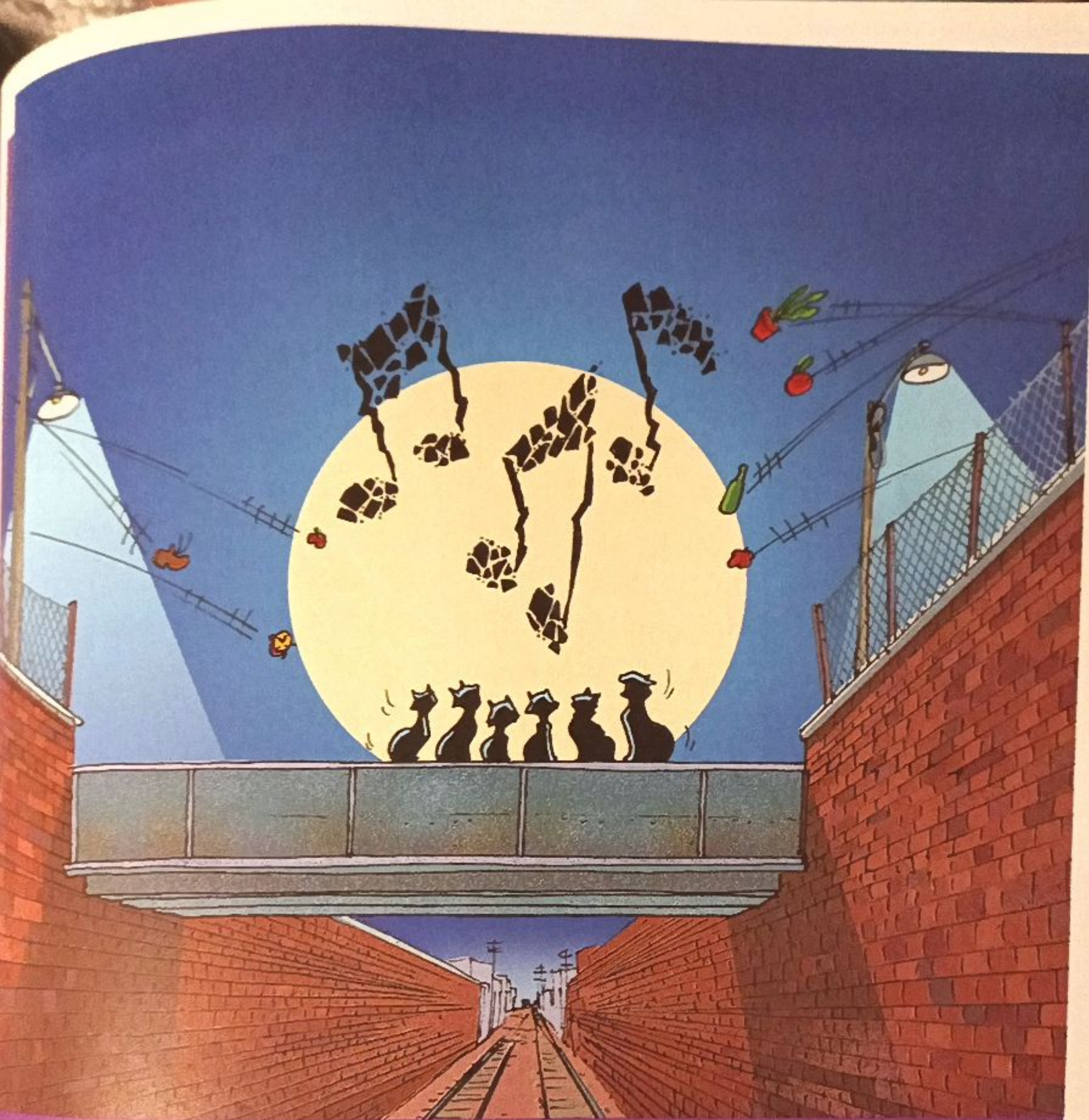
Laralá golpeó con la pata una chapa que tenía a su lado y los gatos del coro se callaron.

—Desde hoy —dijo— Bigote cantará con nosotros. Bigote: poné todo tu corazón en el canto ¡y nunca dejes que te vean a la luz del sol!

Todos juntos cantaron *La canción de los gatos marineros*, *El himno de los gatos pendencieros*, *La marcha de los gatos de Angora* y una canción de cuna, especialmente dedicada a los perros que no podían dormir y les tiraban zapatos, frutas, cascotes y latas vacías.

Cantaron durante horas. No afinaron ni una sola nota. No hubo dos voces que sonaran juntas, nadie llevó el ritmo de ninguna canción y todos se equivocaron la letra. Laralá estaba realmente satisfecha. El coro había sonado a las mil maravillas.





Ocho segundos antes de que asomara el primer rayo de sol, Laralá gritó:

—¡A la cama! ¡Que ni el sol ni los perros nos vean!

Y enseguida, cada uno escapó por su lado.

Bigote, en cambio, se quedó quieto. Estaba feliz: ¡lo

habían aceptado en el coro! Miró su cola falsa y le sonrió. La volvió a mirar y vio que a la luz era un verdadero mamarracho.



“Soy como ellos”, pensó, “nunca debo dejar que me vean a la luz del día. Si no, descubrirán mi secreto”.

Y, sin demorarse ni un segundo, corrió hacia su casa.





Al saltar por la ventana, vio el living completamente revuelto y a Marta, que lo miraba furiosa.

-¿Te volviste loco? -le gritó-. Jamás rompiste nada, nunca tiraste ni un limón, ni un vaso de agua. ¿Qué te pasó anoche, Bigote? ¡¡¡Qué te pasó!!!

Marta estaba enfurecida. Bigote nunca la había visto así. Trepado al borde de la ventana, pensó que lo mejor sería volver al árbol. Pero Marta avanzaba con la mano en alto y los ojos brillantes de furia.

Entonces, cuando estuvo muy cerca de Bigote, sus labios formaron una sonrisa, su mano bajó hasta la cabeza del gato con una caricia y lo tomó en brazos.

Bigote se dejó mimar, sin entender nada. Los humanos son algo incomprensible.





Entonces entró el señor Ibáñez y vio los pedazos del florero desparramados por el suelo.

—¡Este gato tonto! —gritó—. ¡¡¡Mirá, el florero de mi madre!!! ¡Y vos lo acariciás en lugar de retarlo! ¡Siempre igual!

Marta no le respondió. Sólo acarició la cola falsa de Bigote.

—¿Ves esto? —le dijo a su esposo—. ¿Te das cuenta de lo que hizo este gatito inteligente?

Y para sorpresa de Bigote, el señor Ibáñez también sonrió. Aquel día Bigote no fue al parque. Lo pasó durmiendo y se despertó al atardecer. No bien la oscuridad cubrió todo, saltó por la ventana hacia la noche.

—¿Estará enamorado? —dijo el señor Ibáñez abrazando a su esposa—. Cuando estamos enamorados... ¡hacemos cada tontería!





Bigote llegó enseguida a la baranda del puente. Ya estaban allí los hermanos Negro y Bruno y la gata Miela.

-¡Qué suerte que volviste! -dijo Negro.

-¡Tenés una voz divina! -agregó Miela.

-¿No te da miedo saltar desde lo alto, verdad? -preguntó Bruno.

-No -contestó Bigote-. ¿Por qué?

Bruno no respondió a la pregunta porque en ese momento llegaron Lalará y Ronco. A lo lejos, por las vías que tenían delante de sus ojos, un tren avanzaba lentamente.

-¿Lo ves? -le gritó Miela-. Cuando pase justo debajo del puente... ¡hay que saltar! ¡Hoy cantaremos sobre el techo del tren!





–Preparados, listos, ¡YA! –gritó Laralá y saltó de la baranda del puente al techo del tren carguero. Junto con ella saltaron Miela y Ronco.

Bigote dudaba. Por suerte el tren era larguísimo y avanzaba muy despacio.

“¿Salto o no salto?, ¿salto o no salto?”, pensaba.

–¡Salto! –gritó.

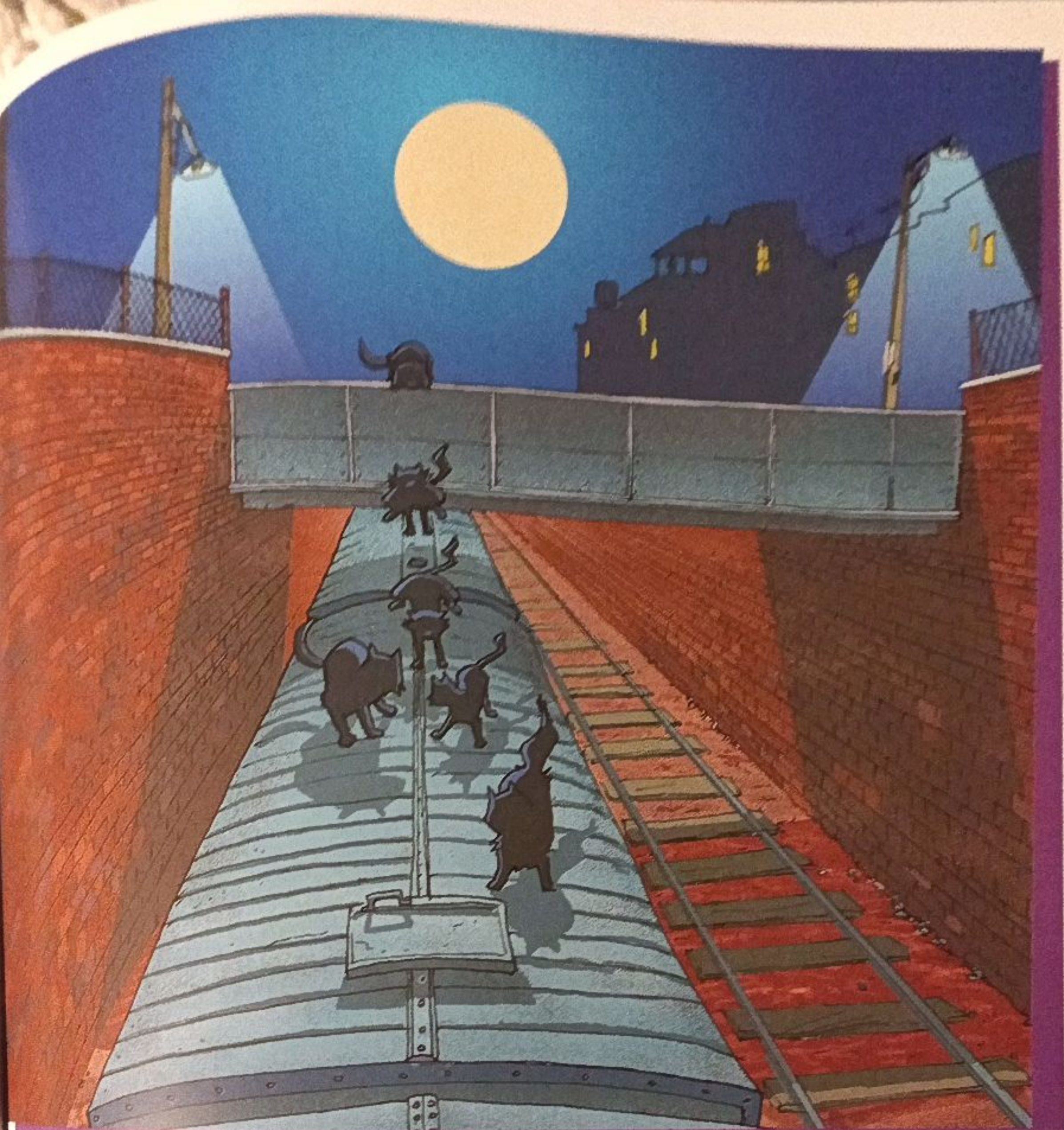
Voló unos segundos en el aire y enseguida cayó de pie, elegantemente, como sólo saben caer los gatos. Unos segundos después, saltaron Bruno y Negro.

Bigote los vio caer en el techo del vagón que iba detrás suyo. Los esperó y juntos recorrieron el tren hasta encontrarse con los demás.

–Ahora –dijo Laralá–, ¡a cantar toda la noche!

Y durante horas, el coro de gatos alegró con sus canciones el largo viaje del tren en la aburrida noche de las estaciones de ferrocarril.





Un secreto descubierto



Capitulo



Mujeres, hombres, niños y bebés en pijama, se asomaron a las ventanas. Abrieron los ojos pegados por el sueño y miraron. ¿Ese coro era de verdad? ¿O era parte de una pesadilla?

¡¡¡ERA VERDAD!!! Despiertos del todo, los vecinos escucharon una canción que les agujereó los oídos. Enseguida corrieron a buscar cosas para tirarles a los gatos y hacerlos callar. Una lluvia de piedras, cascotes, tomates podridos, zapatillas rotas, ojotas, pantuflas y hasta ositos de peluche, cayó sobre el techo del tren.

—¡Qué fabuloso! —dijo Laralá—. ¡Cuántas cosas que nos regalan!

—¡Cómo les gustan nuestras canciones!

—comentó Negro, sonriente.

—¡Canten más fuerte, amigos! —dijo Laralá—.

¡Canten para agradecer tantos regalos!





Seguía el viaje. Seguían, una tras otra, las canciones. De pronto, Laralá olfateó el aire y dijo:

–Es hora de volver. ¡Siento olor a pan caliente! ¡Falta poco para el amanecer!

–¿Don... dónde estamos? –preguntó Bigote, que nunca se había ido tan lejos de su casa.

–¿Estás perdido? –se burló Ronco–. ¿Tenés miedo de perderte?

–Nada que ver –dijo Bigote.

Pero era verdad: tenía miedo de no encontrar el camino de regreso.

Miela se acercó a Bigote y le dijo al oído:

–Volver es muy fácil. Hay que seguir las vías del tren hasta llegar abajo del puente.

–Gracias –le susurró Bigote.

–Yo saltaré primera –dijo Laralá–, y Ronco será el último.

Y recuerden, cada uno va por su lado, ¡y que ni los perros ni el sol nos sorprendan!





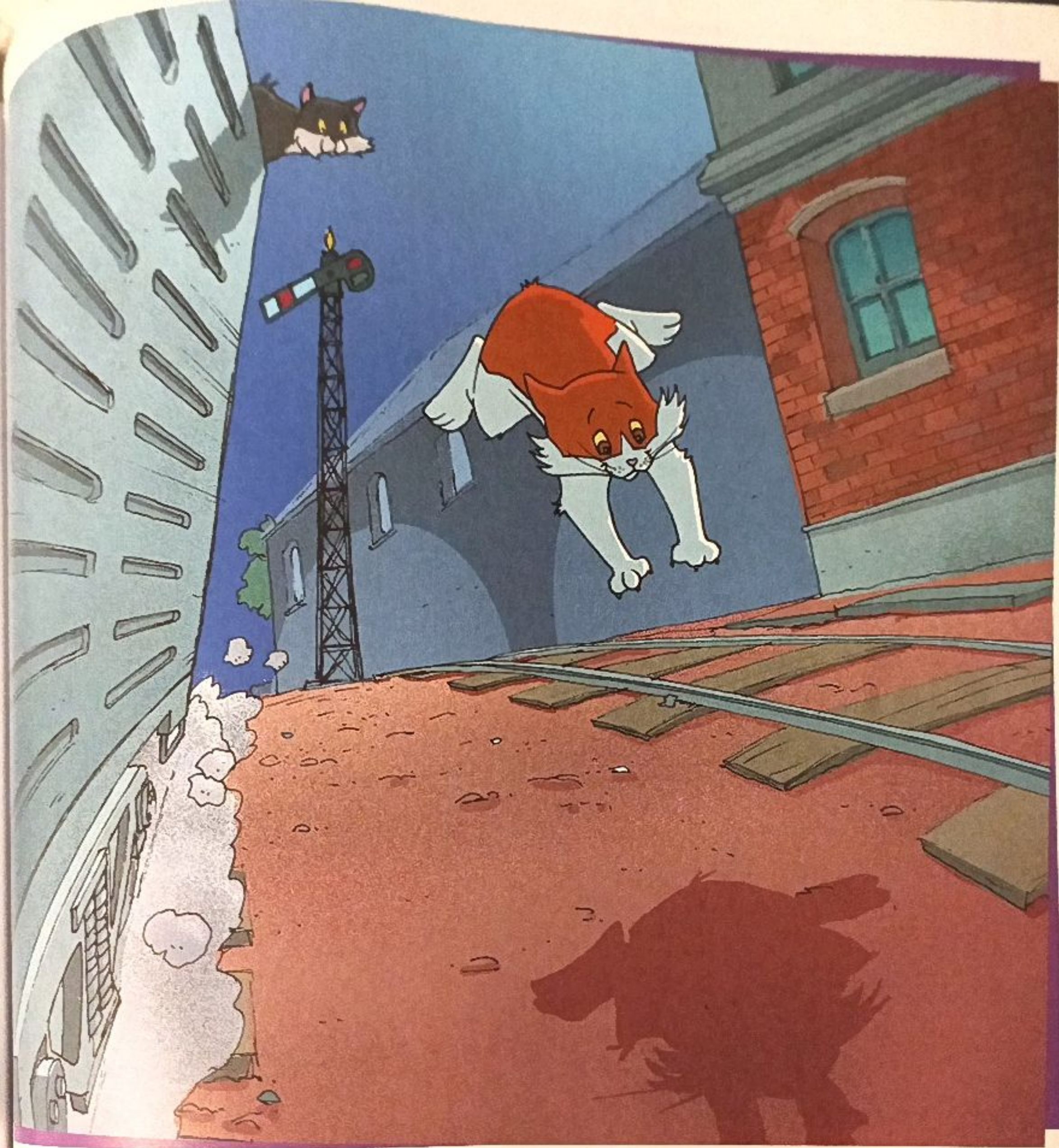
Ronco, desde arriba del vagón, vigiló la partida de cada gato. Vio saltar a Laralá, a Negro, a Bruno, a Miela y a Bigote.

Al saltar, Bigote perdió la cola, pero no se dio cuenta. Siguió corriendo como si no hubiera pasado nada. Ronco, en cambio, lo vio y maulló de la impresión, imaginando el dolor que sentiría Bigote.

¡Perder la cola! ¡Qué horror! ¿Acaso un gato podía vivir sin cola? ¡Urgente! ¡Ronco debía salvar la vida de Bigote!

Ronco sabía mucho de lastimaduras porque su dueña era la doctora de la sala de primeros auxilios del barrio. Ronco había visto a muchas personas que entraban en la sala lastimadas y salían curadas. En la salita cosían heridas, enyesaban un brazo o una pierna quebrados. Revisaban a los niños que se sentían mal, les recetaban remedios, los vacunaban. Y cuando no podían curar a alguien, le indicaban que fuera a atenderse al hospital.



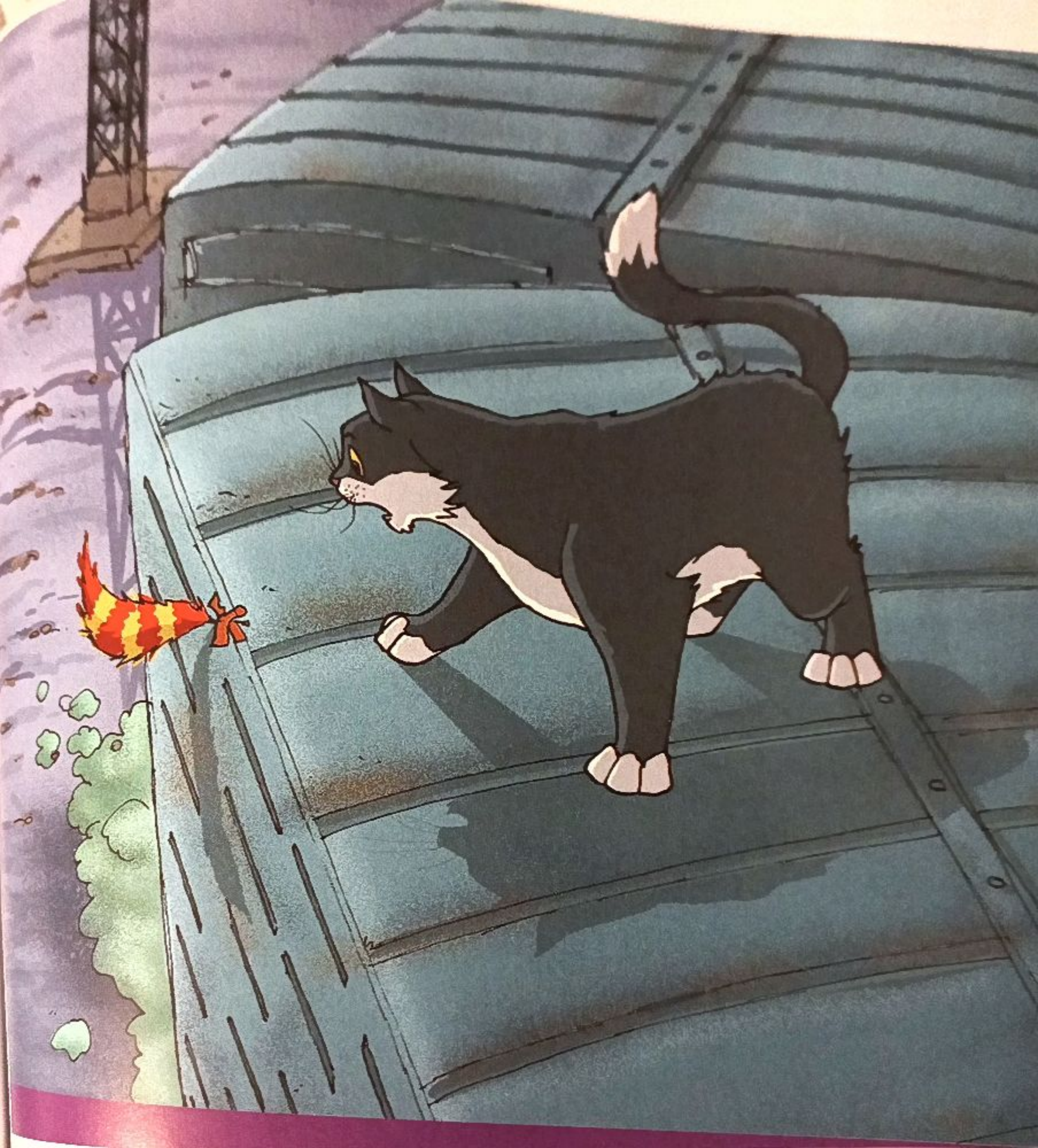


Ronco pensó. "Tengo que encontrar la cola de Bigote y llevarlos juntos lo antes posible a casa. Seguro que mi dueña se la puede coser de nuevo en su lugar".

Ronco dudó. Nunca había visto un gato lastimado entrando en la sala de primeros auxilios. "¿Sabrán curar a un gato?", se preguntó, "¿o la salita será un lugar donde solamente se cura a las personas?".

De todos modos, se puso a buscar la cola de Bigote. La encontró enganchada en el techo del vagón. Se acercó con mucho cuidado. Le daba un poco de impresión ver una cola suelta flameando como una bandera.

La miró bien: ¡no tenía pelos! La olió: ¡no tenía olor! La volvió a mirar: ¡eso no era una cola de gato! ¡Era una planta! ¡¡¡Y encima estaba pintada!!!



Ronco mordió la cola y ya no tuvo ninguna duda. Bigote usaba una cola falsa. Bigote los había engañado. Bigote no era un verdadero gato.

Todas las ganas que había sentido de ayudar a Bigote se transformaron en enojo. Un enojo tan grande que Ronco masticó la cola falsa de Bigote hasta convertirla en polvo.

Mientras tanto, Bigote corría por las calles y la alegría no le cabía en el cuerpo. ¡Qué fantástico era viajar en tren! ¡Qué lindo era tener amigos! ¡Cómo le gustaba cantar! ¡Hasta el peleador, pendenciero y gritón de Ronco, en el fondo era bueno! ¡Algún día serían grandes amigos!

Todas estas cosas pensaba Bigote mientras corría hacia su casa, sin darse cuenta de que se había quedado sin cola. Sin saber que su secreto había sido descubierto.





Bigote debe investigar



Capítulo

6

En la noche siguiente, unos minutos antes de salir, Bigote pasó por delante del espejo y vio que había perdido su cola. ¡Pobre Bigote! No se preocupó ni un poquito. Trepó al estante de la biblioteca y, sin romper nada, sacó del florero otra "cola de zorro". Marta lo vio y ella misma le pintó la cola con su esmalte rojo y se la pegó con cinta adhesiva.

—¡Estás impecable! —le dijo, mientras Bigote saltaba por la ventana hacia la noche.

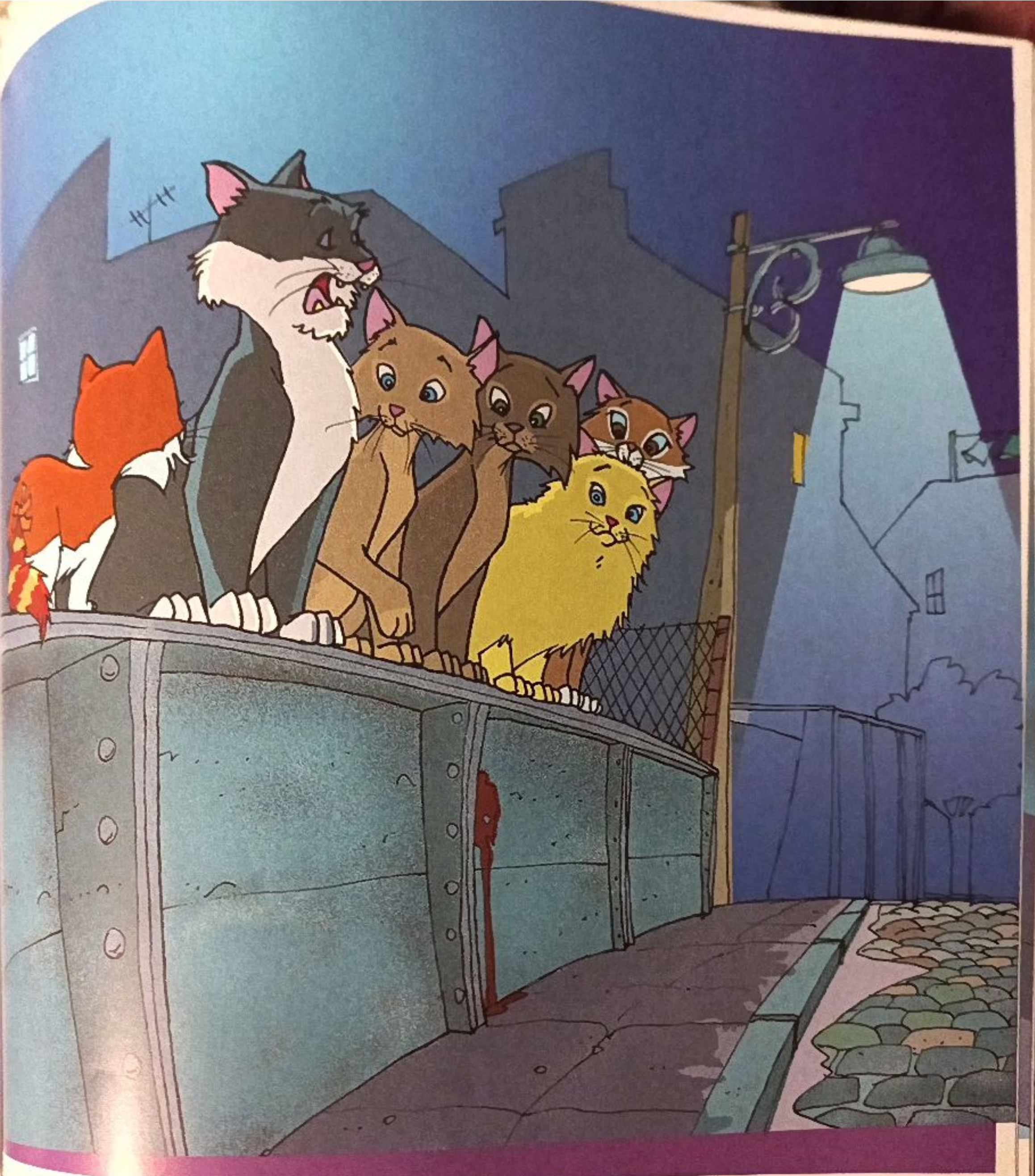
Cuando Bigote llegó a la baranda del puente, ya todos estaban allí. Ronco esperó a que él se acomodara para empezar a hablar. Entonces, dijo:

—Bigote no puede estar ni una sola noche más entre nosotros.

—¿¿¿Por quééé??? —gritaron a coro los demás gatos.

—Bigote no es un gato verdadero —siguió Ronco—. Le falta la cola.





Bruno, el bueno de Bruno, saltó en defensa de su amigo. –¡Pero si Bigote tiene cola! –maulló–. ¿Qué dice este gato loco?

Bigote no tuvo tiempo de responder porque Ronco pegó un salto y le mordió la cola. Bruno, Negro, Miela y Laralá miraron asombrados a Ronco. También Bigote lo miró.

Ronco tenía la cola de Bigote entre los dientes.

Entonces todos miraron a Bigote. En el lugar donde debía estar su cola, ya no había nada.

–¡Quiero explicaciones! –maulló Laralá enojada.

–Es cierto –contestó Bigote–. Soy un gato sin cola. Y cada vez que los demás lo descubren, me echan. Ya me había acostumbrado a andar siempre solo, hasta que una noche los escuché cantar. Me gustaron tanto sus canciones, que sólo pensé en unirme al coro. Tenía miedo de que no me dejaran entrar al ver que no tenía cola.

Por eso, me pegué una cola falsa.





-Es un farsante! -maulló Ronco-. ¡Debe ser mezcla de perro! ¡Yo he visto miles de perros sin cola! ¡O quizá sea mezcla de hipopótamo! ¡Mezcla de tucu-tucu! ¡Que se vaya! -¡Que se quede! -gritó Miela-. ¡La cola no tiene nada que ver!

Todos gritaban; unos a favor, otros en contra de Bigote. -¡Basta! -dijo Laralá sin gritar-. Bigote, yo te hubiera aceptado sin cola; la cola no tiene nada que ver con la voz. Pero ahora no puedo. Ahora quiero que te vayas y vuelvas con una cola verdadera o con la verdadera historia de los gatos sin cola. ¿Volverás pronto con una buena historia? ¡No quiero colas falsas! ¡Quiero saber la verdad de tu historia! Y ahora ¡andate,

que tenemos que seguir cantando!





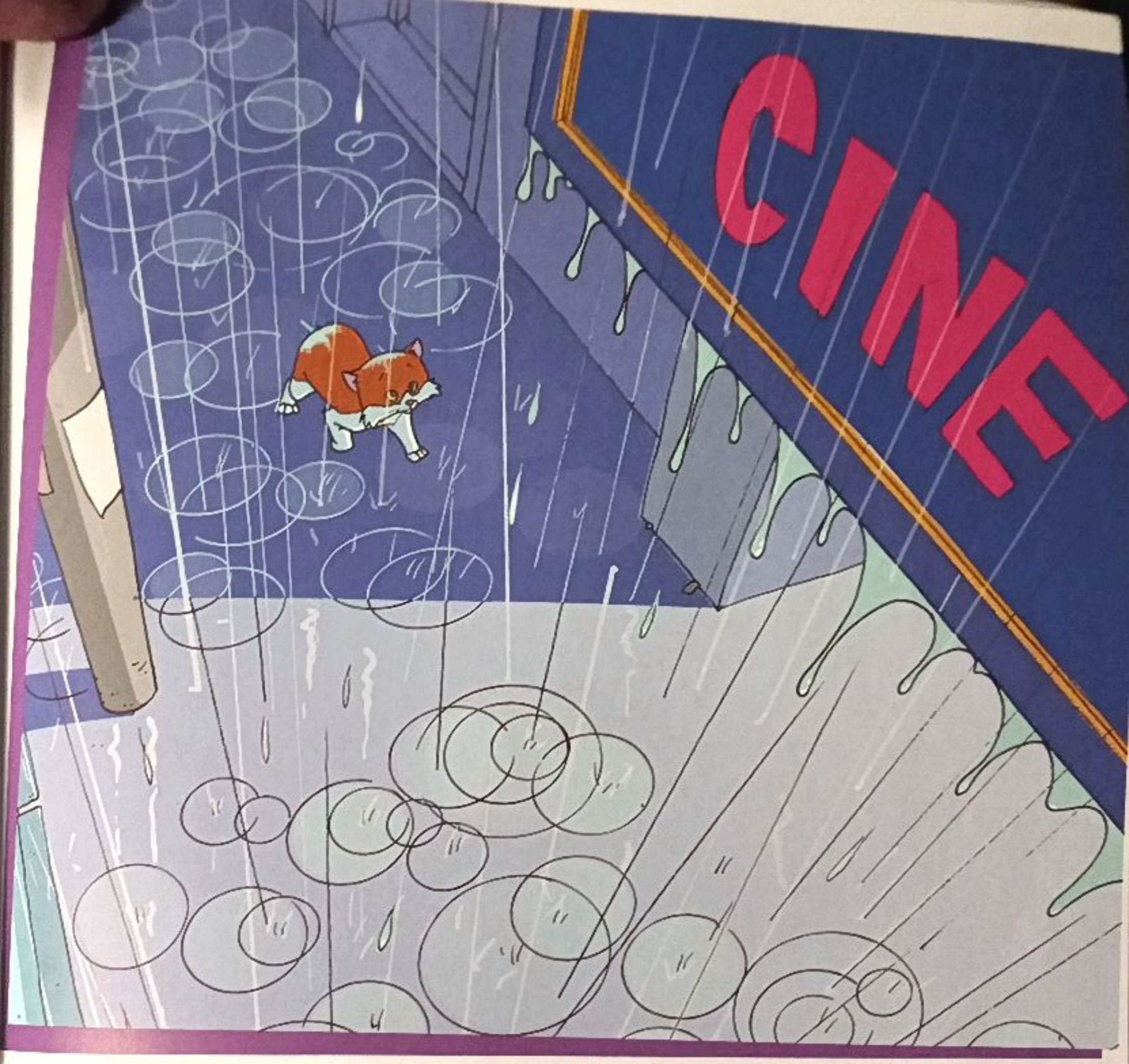


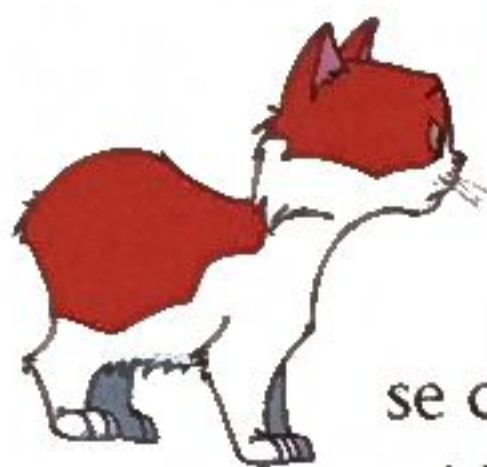
Bigote sintió ganas de llorar. No se animó a despedirse de sus amigos y saltó hacia las vías del tren. No sabía adónde ir, ni a quién preguntar. Pero iba a investigar hasta conocer su historia. La orden de Laralá le dolía como una espina de pescado clavada en el corazón.

Caminó en la dirección contraria a su casa y así llegó al centro de la ciudad. Entonces, comenzó a llover. Gotas gordas y pesadas caían sobre su lomo. Bigote buscó refugio detrás de la primera puerta que encontró abierta. Se metió en un salón muy grande que parecía vacío. Enseguida, apareció un guardia.

—¡Fuera de acá! —le gritó el guardia, alzando una escoba—. ¡Esto es un cine! ¡No es un refugio para gatos mojados!

Bigote corrió asustado por el inmenso salón con el guardia detrás. Se deslizó tras unas cortinas y apareció en una sala completamente oscura. Ya nadie lo perseguía.





Al fondo de la sala había luz. La luz dejaba ver a un gato que viajaba en bote. El gato parecía de verdad, también el bote parecía verdadero y ni hablar del agua del río que hasta hacía ruido.

Debe haber sido por eso que, cuando el gato se cayó al agua y, asustado, pegó un maullido pidiendo auxilio, Bigote saltó directamente al río.

Él no le tenía miedo al agua. Saltó para salvar al gatito de la película, pero lo único que logró fue pegarse un golpe contra la pantalla.

La gente que miraba la película se asustó y gritó:

—¡¡¡Oh!!!

Y también gritaron:

—¡Hay un gato en la sala!

La luz del cine se encendió y, en vez de un guardia, aparecieron tres.





Bigote estaba tirado sobre el escenario del cine, aturdido por el golpe, enceguecido por la luz. Cuando pudo abrir los ojos, los tres guardias casi saltaban encima suyo. Entonces oyó un maullido:

-¡Por acá, hermano!

Bigote miró hacia el lugar de donde venía la voz y vio un gato flaco, muy viejo.

-¡Tírate acá! -maulló el gato.

Bigote se tiró. El gato viejo levantó una madera del escenario y los dos desaparecieron bajo tierra. Los guardias los vieron perderse frente a sus ojos.

-¡Apaguen la luz! -gritaron. Y la función de cine continuó. Bajo el escenario Bigote y el gato viejo se miraron.

-Saltaste para salvar a un pariente -le dijo el viejo gato- sin ponerte a pensar si era o no era un gato de verdad. Por eso te ayudé. Ahora seguí este túnel y volverás a la calle.

-Gracias -maulló Bigote.

-Te faltará cine -le respondió el viejo-, pero no te falta coraje.





Una visita al museo



Capítulo

7

Bigote salió del túnel y apareció de nuevo en la calle. ¿Por qué no volvía a casa de los Ibáñez donde lo estaban esperando? Allí había una manta y un plato de comida que eran suyos; allí nadie lo corría, ni se mojaba con la lluvia.

Pero Bigote no quería volver. Antes tenía que averiguar su historia. Aunque pasara hambre y frío. Aunque se pegara golpes contra las paredes.

Durmió algunas horas bajo el techo de un edificio en construcción. A media mañana, lo despertó el hambre que sentía y salió a caminar.

Unas cuadras más adelante se encontró con un gentío que esperaba para entrar a un gran edificio. Casi todas las personas iban acompañadas de un gato. Algunas, lo llevaban en brazos, como si se tratara de un bebé. Otras, lo llevaban atado a una correa como si se tratara de un perro. Sólo unas pocas lo dejaban libre, como les gusta a los gatos.



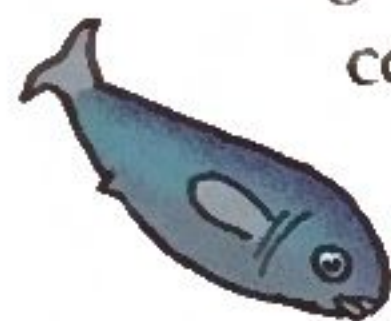


-¿Qué pasa acá? -le preguntó Bigote a un gato que iba atado a una correa como un perro.

-¿No estás enterado, amigo? Todos los gatos de la ciudad estamos invitados a esta muestra en el museo. Dicen que habrá comida para humanos y también para gatos.

"¡Comida!". Era un buen motivo para entrar en el museo.

Bigote trepó por una larga escalera. Arriba se encontró

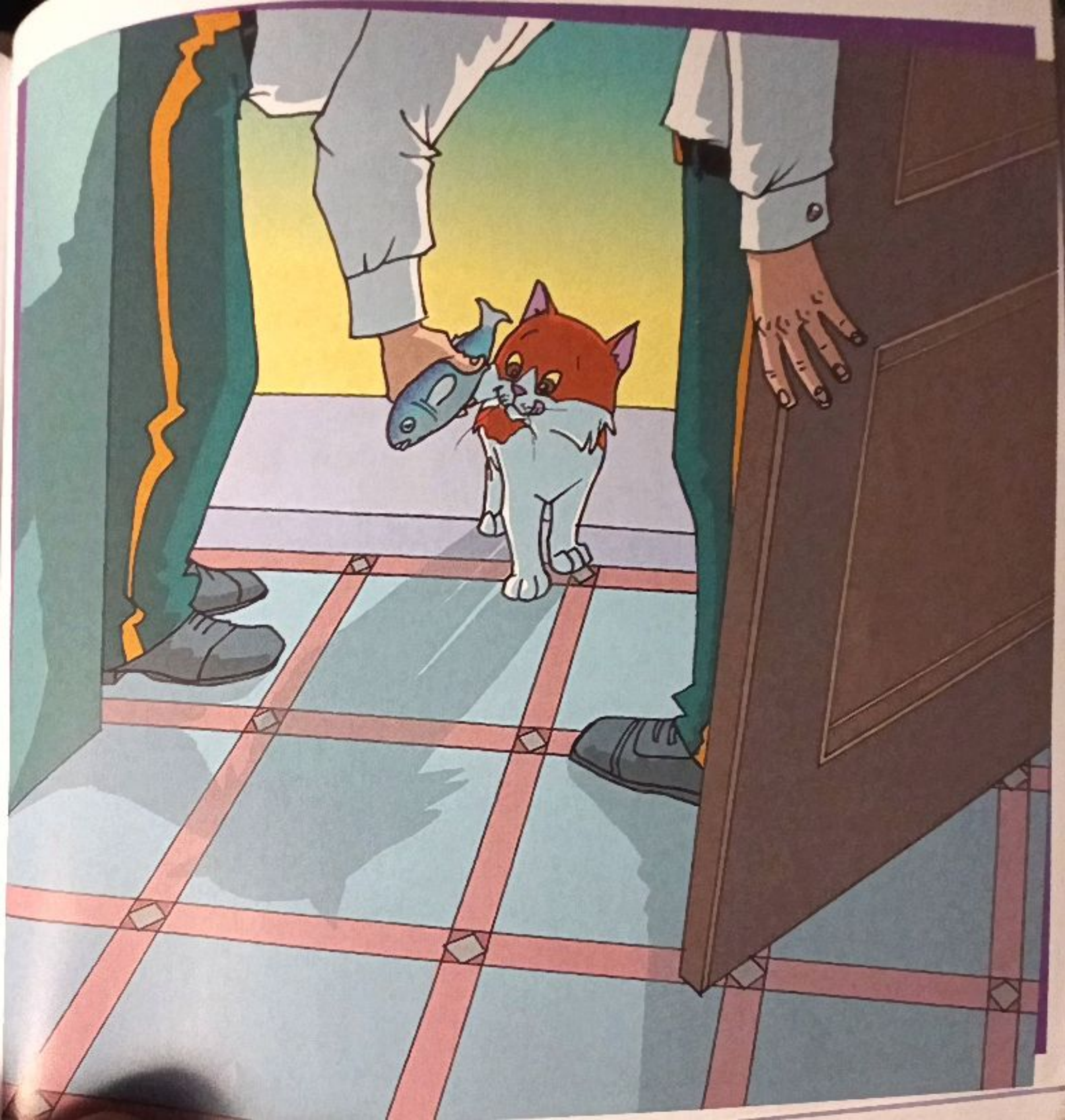


con dos hombres que vestían igual que el guardián del cine. Bigote los vio y sintió ganas de volver a la calle. Pero uno de los guardianes le abrió gentilmente la puerta.

-Adelante, hoy el museo es de los gatos -le dijo.

-¡Qué locura! -dijo el otro guardián-. ¿Qué pueden entender de arte estos pobres animalitos?

-¡Nadie lo sabe! -respondió el primero, mientras ponía un pescado en la boca de Bigote-. Nadie lo sabe.



Bigote entró en una sala enorme muy iluminada. La sala estaba llena de gente y de gatos. Todos hablaban en voz baja, mientras miraban los cuadros que colgaban de las paredes. Las personas miraban y los gatos también.

Bigote se sintió picado por la curiosidad y se acercó a ver el primer cuadro.

Un gato negro caminaba por un sendero nevado. Dos hileras de árboles sin hojas cuidaban su caminata. Bigote sintió el frío que sufriría aquel gato en ese camino helado.



Pasó a otro cuadro.

Era una tela enorme. Un gato gordo y manchado llevaba una paloma entre los dientes, mientras caminaba tranquilamente sobre el pasto. La luz de la tarde le acariciaba el pelo. Bigote quiso ser ese gato.





Todos los cuadros que vio le gustaron.
En uno, había un gato parado en dos patas.
Vestía botas, capa y sombrero. De su cinturón
colgaban varios ratones muertos. Parecía el más
temible de los gatos.

De repente, Bigote maulló con todo el aire que
cabía en sus pulmones. Gatos y personas oyeron el largo
maullido de Bigote.

¡En el cuadro que miraba había un gato sin cola! ¡El gato
saltaba hacia el mar desde la cubierta de un barco que se
hundía!

–Gato de Manx –leyó una mujer–. ¿Qué significará ese
nombre?

–Creo que es el nombre de los gatos sin cola –le
respondió otra mujer.

Bigote las oía con los pelos de punta.





EL GATO DE
MANX.



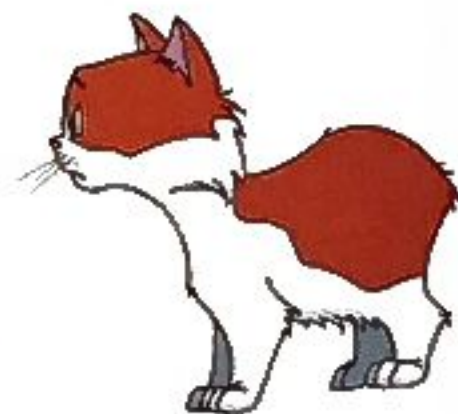
-¡Mirá este gatito cómo mira el cuadro! -le dijo un cuidador a otro, señalando a Bigote-. ¿No parece que entiende todo?

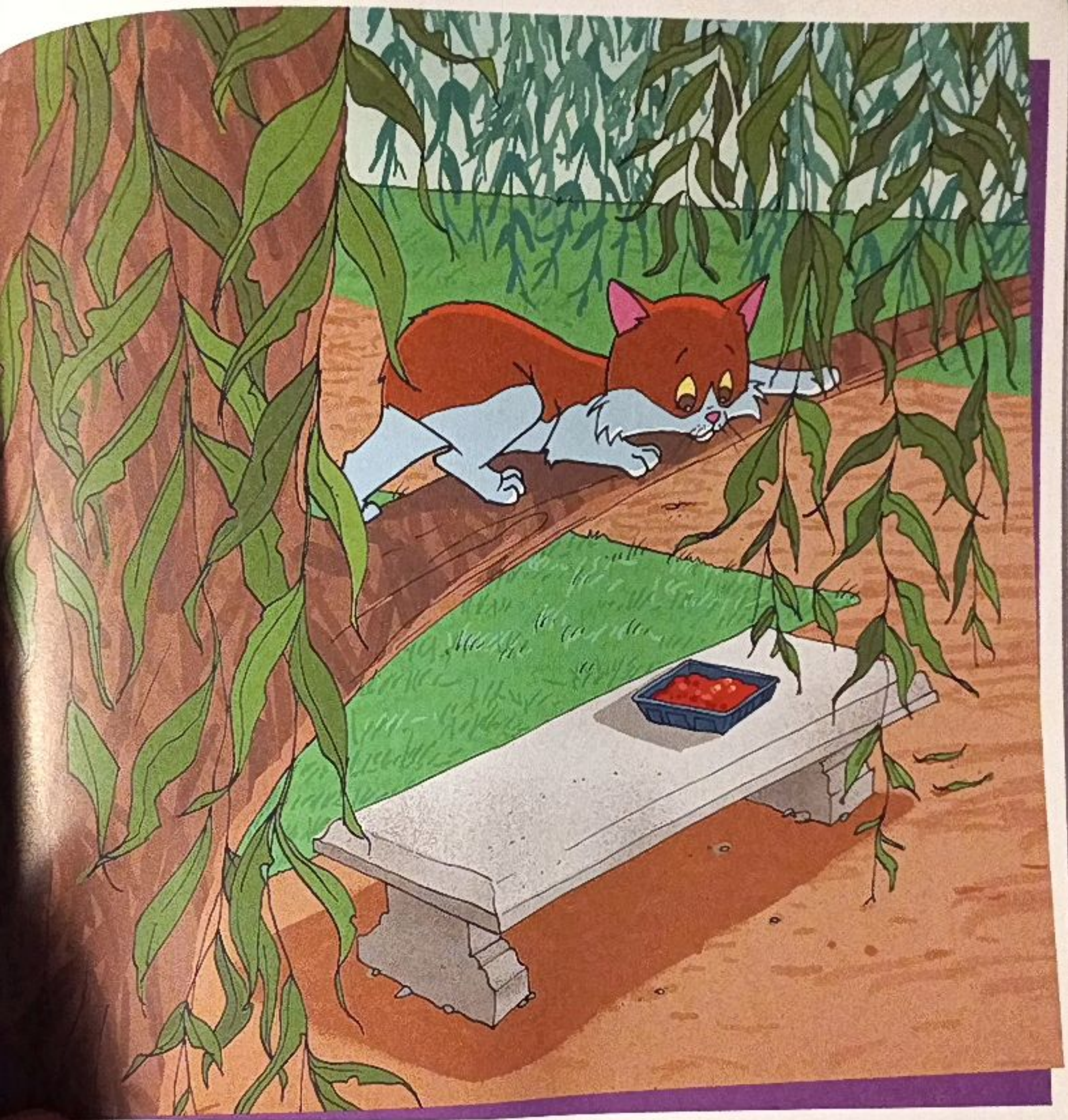
Cuando llegó la hora de cerrar el museo, Bigote no quiso separarse del cuadro. Los cuidadores tuvieron que correrlo por los pasillos. Bigote se escapaba y volvía junto al gato sin cola. Hasta que lo sacaron a la calle con un pescado de regalo.

Bigote se fue al parque y se trepó a su árbol. Al día siguiente, pensaba volver al museo.

Sin embargo, por la mañana, un exquisito olor le hizo olvidar sus planes. Bajó de un salto y se encontró con una bandeja llena de comida.

En un minuto devoró hasta el último bocado. En la casa de Marta, nunca se dignaba a comer más de medio puñado de arroz. Esa mañana, con el hambre que sentía, Bigote se comió toda la carne y el arroz.





–¡A vos te quería encontrar! –le gritó un nene que corría hacia él–. ¡A vos!

–¡¡¡Mamá!!! –llamó el nene–. ¡Ya encontré al gatito que estaba buscando!

El nene alzó a Bigote en sus brazos y lo acarició.

–Soy Luis –le dijo–. ¿Te acordás de mí? Paseamos juntos por la feria artesanal. ¿Te acordás?

–¡Miau! –le contestó Bigote.

–¡Claro que te acordás! –dijo el nene–. Hace dos días que te estoy buscando. Mi mamá y yo trajimos comida al parque con la esperanza de encontrarte. ¿Dónde te habías metido?

Bigote no le contestó. Pero se dejó llevar en brazos por Luis, como si él fuera un bebé en vez de ser un verdadero, temible y valiente gato sin cola.





Luis y Bigote
se van al jardín



Capítulo

8

Bigote estaba tan cansado, tan cansado, ¡pero tan cansado!, que con los primeros mimos de Luis se quedó dormido. El nene lo tenía en sus brazos y lo acariciaba suavemente detrás de las orejas y en el lomo. Así lo llevó a upa hasta un auto y se sentaron juntos. El auto arrancó y comenzó a andar por las calles de la ciudad. Bigote seguía durmiendo, sintiendo en sueños los mimos de Luis.

Cuando el auto se detuvo, Bigote abrió los ojos. Los ojos de Luis lo miraban y una enorme sonrisa le cruzaba la cara. Bigote maulló y Luis entendió que el gato le daba permiso para llevarlo con él.

En el momento de bajar, Bigote saltó de los brazos de Luis. Adonde quiera que fuesen, él iría como deben ir los gatos: suelto y libre, elegante y despierto.





La mamá se despidió de Luis en la puerta del jardín.

Una maestra lo recibió:

–¡Qué gato tan hermoso trajiste! –le dijo a Luis–.

¿Cómo se llama?

–No sé –dijo Luis, pensativo–. ¡Ya sé! ¡Se llama Fuego!

“¡Qué lindo nombre!”, pensó Bigote y maulló para mostrar su agrado.

Entonces, entraron en una sala donde había veinte chicos y cuatro gatos. Los chicos saludaron a Luis; los gatos maullaron para saludar a Bigote.

–¡Qué lindos gatos que trajeron! –dijo la maestra–. ¡Cuántas cosas que vamos a aprender hoy! ¿Quién quiere empezar a hablar? Quiero que nos cuenten todo, todo lo que saben de sus gatos. El nombre, de qué raza es, qué comida le gusta, dónde duerme, si sale o no sale a pasear, si es macho o hembra, cuántos años tiene, si le gustan los mimos. Todo, todo.







Primero habló Candela y contó todo lo que sabía sobre Manchita, su gata. Después, habló Federico sobre Mayonesa, después, Julián sobre Garabato y Macarena sobre Piolín.

Cuando fue su turno, Luis se quedó callado.

–¿Qué te pasa Luis? –le preguntó la maestra–. ¡Contanos algo de Fuego!

–No sé nada –dijo Luis.

–¿Qué le gusta comer? –preguntó Matías.

–Carne y arroz –respondió Luis acordándose de la bandeja que Bigote había comido esa mañana.

–¿Dónde duerme? –preguntó la maestra.

–Arriba de los árboles –dijo Luis.

–¿¿¿Arriba de los árboles??? –preguntaron todos los chicos.

–Sí –dijo Luis–. Este gato no es mío.

–¿¿¿Cómo??? ¿¿¿De dónde lo sacaste??? –preguntaron todos.







Los chicos miraron a Luis y a Bigote asombradísimos. ¡Se había animado a traer un gato vagabundo!

–¿Cómo lo conociste? ¿Cómo lo bajaste del árbol? ¿No te dio miedo? –todos preguntaban a la vez.

Luis respondió a todas las preguntas y se sintió muy importante. Su papá había tenido una gran idea al aconsejarle que llevara a la escuela al gatito amigo del parque. Una gran idea. Entonces Federico preguntó:

–¿Por qué tu gato no tiene cola?

Bigote paró las orejas para oír mejor la respuesta.

–No sé –contestó Luis.

“¡Qué macana!”, pensó Bigote, “no sabe. Pero la maestra seguro que va a saber. Por algo es maestra”.

–Yo tampoco sé –dijo la maestra–. ¿Y si vamos a la biblioteca y tratamos de averiguar por qué el gato de Luis no tiene cola? Quizás encontremos un libro que pueda darnos la respuesta.







Chicos y gatos dejaron la salita. Cruzaron el patio del jardín, subieron las escaleras de la escuela primaria y llegaron a la biblioteca. Frente a la puerta, la maestra les recordó las reglas.

–En la biblioteca no se puede hablar en voz alta. Hay que mantener silencio para que todos puedan concentrarse en la lectura.

La bibliotecaria los recibió amablemente.

–¿Qué precisan? –les preguntó.

–Un libro sobre los gatos sin cola –contestó Luis–. ¿Tiene?

–Veremos –dijo la bibliotecaria y fue hasta el fichero.

Revisó el fichero de la biblioteca y contestó:

–Tenemos un libro sobre las distintas razas de gatos.

Quizás encuentren algo sobre los gatos sin cola.





Unos minutos más tarde, la bibliotecaria trajo el libro. La maestra llenó una ficha y volvieron a la sala con el libro entre las manos. Nadie podía siquiera imaginar la fuerza con la que latía el corazón de Bigote.

En la sala, se sentaron en ronda y abrieron el libro.

–Felinos: las distintas razas –leyó la maestra–. ¿Cómo podemos encontrar lo que estamos buscando? –preguntó.

–¡Miremos las fotos! –contestó Candela.

La maestra fue mostrando las fotos de las distintas razas de gatos y leyendo el título que las acompañaba: “Gato de Angora, gato persa, gato siamés...”.

–¡Es este! –gritaron los chicos, saltando de la emoción.

En el libro abierto se veía la foto de un gato blanco y peludo al que le faltaba la cola.

–Gato de Manx –leyó la maestra.

Bigote miró la foto y lanzó un agudo maullido, emocionado.





GATO DE MANX

La Verdadera historia de los gatos sin cola



Capítulo

9

Al salir de la escuela, Luis y su mamá llevaron a Bigote al parque.

–No puedo tenerte en casa, “Fueguito lindo” –le dijo Luis–. Pero todos los días vendré a visitarte acá. Mi mamá me lo prometió.

Bigote restregó su cabeza contra las piernas de Luis. Después, el gato trepó al árbol y el nene, al auto. Bigote pasó el resto del día recostado en una rama. Mientras esperaba que se hiciera de noche, recordó la historia que había oído en la escuela.

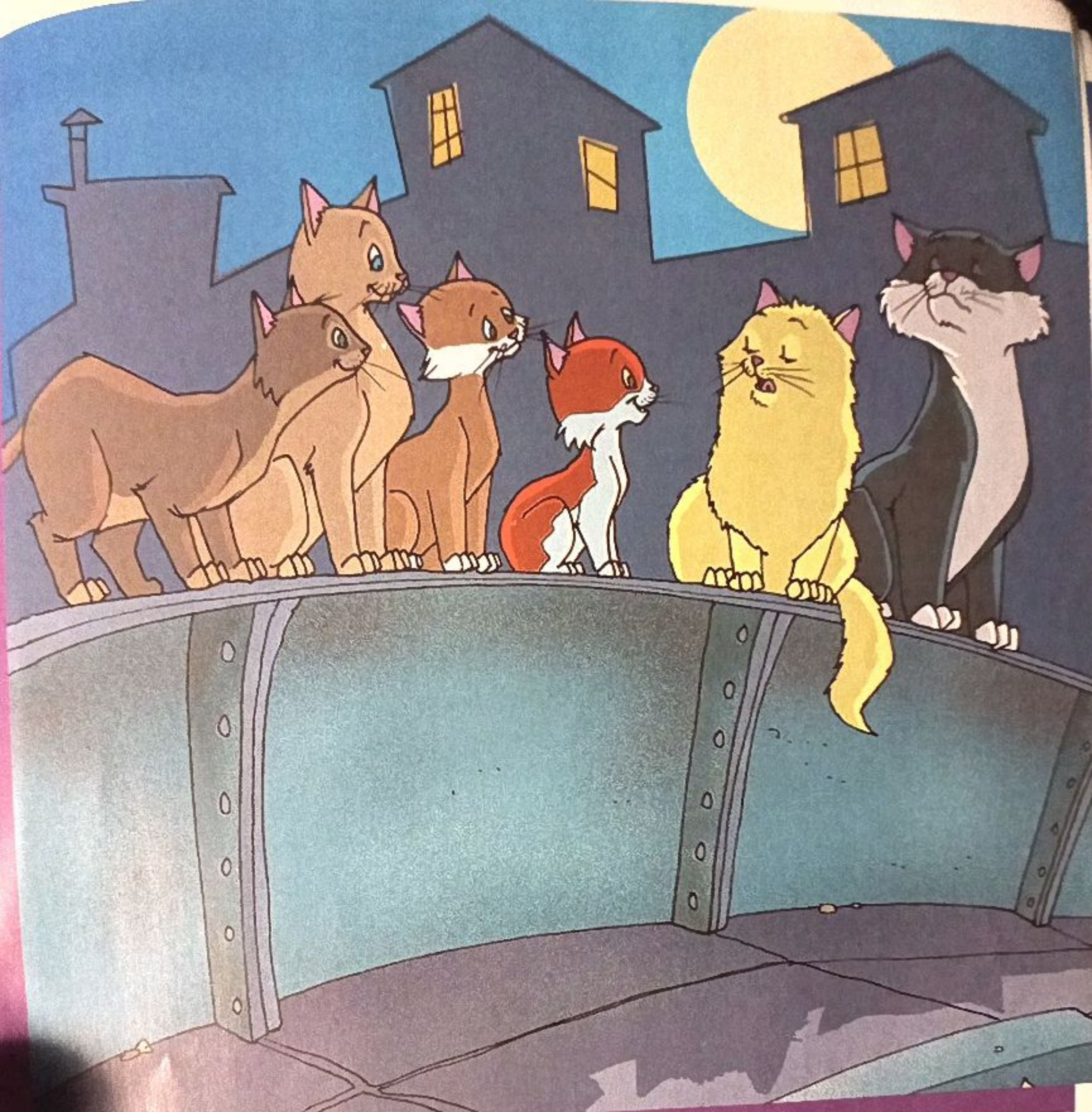


Cuando los gatos del coro llegaron a la baranda del puente, Bigote ya estaba ahí. La primera en llegar fue Miela. Se saludaron con lamidas, como se saludan los gatos que se quieren. Después, llegaron Negro y Bruno, que maullaron un saludo cortés. Por último, vinieron Ronco y Laralá que se acomodaron en su lugar sin decir una palabra.

—Hola, Bigote —dijo entonces Laralá—. ¿Con qué volviste, con una cola o con una historia?

—Volví sin cola —dijo Bigote—. Ya no la preciso. A cambio, puedo contarles la verdadera historia de los gatos sin cola.





–Te escuchamos –dijo Laralá.

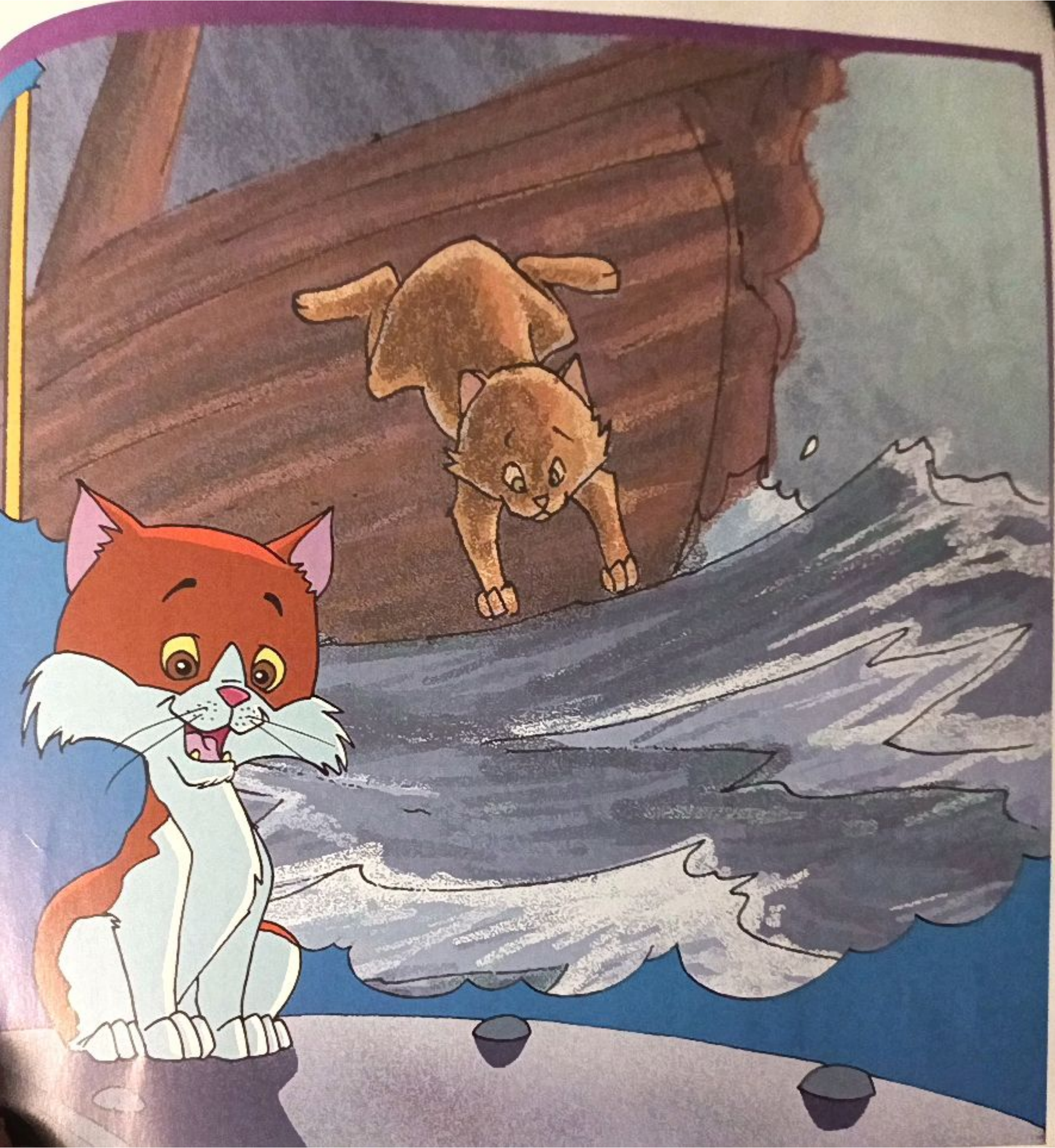
–Soy un gato Manx –dijo Bigote, contando la historia que había oído de labios de la maestra de Luis–. Todos los gatos Manx nacemos sin cola y no por eso dejamos de ser gatos. Somos tan gatos como los gatos de Angora, los persas o los siameses.

–¿Y de dónde vienen? –preguntó Ronco.

–De una isla que está muy lejos de acá. En Europa. Allá hay miles de gatos sin cola. Hay muchas leyendas que explican nuestra historia. En una, se cuenta que una vez, en el año 1588, un gato sin cola saltó de un barco español que se hundía. Nadó por el mar hasta llegar a la isla de Man y allí tuvo muchos hijos. Desde entonces, a los gatos de la isla les gusta el agua y les falta la cola.

En ese momento, Bigote se acordó del cuadro que había visto en el museo. También contaba, sin palabras, la historia del primer gato Manx.





–Escuchen esto –siguió hablando Bigote–.
En un libro decía que los gatos Manx son
muy cariñosos con su pareja hembra y que
les tienen mucha paciencia a sus hijos. ¡Hasta
dejan que les muerdan las patas, las orejas y
que les den tironcitos de los bigotes!



Miela miró a Bigote con cariño, pero él no se dio
cuenta.

–Así somos los gatos Manx –continuó–. No tenemos ni
cola ni miedo al agua. Si les gusta, me quedo; si les disgusta,
me voy. Puedo armar otro coro.

–¡¡¡Que se quede!!! –gritaron Negro, Bruno y Miela.

–Se queda –ordenó Laralá.

–Cantemos –dijo Ronco. Y comenzaron a cantar.





Al amanecer, Bigote voló por las azoteas hacia la casa de los Ibáñez. Por la tarde, fue al parque a encontrarse con Luis. Y a la noche, volvió a la baranda del puente a cantar con el coro.

Desde aquel día, pocos gatos tuvieron una vida tan atareada y feliz como la suya.

Fin

